

Ni hay bien que con tan grande mal se iguale?

«Este es pues el proceso, esta es la historia  
Y el fin tan cierto de la dulce vida:  
Hé aquí mi libertad y breve gloria  
En eterna amargura convertida;  
Y pues que por tu causa la memoria  
Mi llaga ha renovado encrudecida,  
En recompensa del dolor te pido  
Me dejes enterrar á mi marido.

«Que no es bien que las aves carniceras  
Despedacen el cuerpo miserable,  
Ni los perros y brutas bestias fieras  
Satisfagan su estómago insaciable;  
Mas cuando empedernido ya no quieras  
Hacer cosa tan justa y razonable,  
Háznos con esa espada y mano dura  
Iguales en la muerte y sepultura.»

Aquí acabó su historia, y comenzaba  
Un llanto tal que el monte enternecia,  
Con una ansia y dolor que me obligaba  
A tenerle en el duelo compañía;  
Que ya el asegurarle no bastaba  
De cuanto prometer yo le podía:  
Solo pedía la muerte y sacrificio  
Por último remedio y beneficio.

En gran congoja y confusion me viera,  
Si don Simon Pereira, que á otro lado  
Hacia también la guardia, no viniera  
A decirme que el tiempo era acabado;  
Y espantado también de lo que oyerá,  
Que un poco desde aparte había escuchado,  
Me ayudó á consolarla, haciendo ciertas  
Con nuevo ofrecimiento mis ofertas.

Ya el presuroso cielo volteando  
En el mar las estrellas trastornaba,  
Y el crucero las horas señalando  
Entre el Sur y Sudueste declinaba  
En mitad del silencio y noche, cuando  
Visto cuanto la oferta la obligaba,  
Reprimiendo Tegalda su lamento  
La llevamos á nuestro alojamiento.

Donde en honesta guarda y compañía  
De mujeres casadas quedó, en tanto

Que el esperado ya vecino día  
Quitase de la noche el negro manto.  
Entretanto también razón sería,  
Pues que todos descansan y yo canto,  
Dejarlo hasta mañana en este estado,  
Que de reposo estoy necesitado.

## CANTO XXI.

Halla Tegalda el cuerpo del marido, y haciendo un llanto sobre él le lleva á su tierra: llegan á Penco los españoles y caballos que venían de Santiago y de la Imperial por tierra; hace Caupolicán muestra general de su gente.

¿Quién de amor hizo prueba tan bastante?  
¿Quién vió tal muestra y obra tan piadosa  
Como la que tenemos hoy delante  
Desta infelice bárbara hermosa?  
La fama engrandeciéndola levante  
Mi baja voz en alta y sonora;  
Dando noticia della eternamente  
Corra de lengua en lengua y gente en gente.  
Cese el uso dañoso y ejercicio  
De las mordaces lenguas ponzoñosas  
Que tienen de costumbre y por oficio  
Ofender las mujeres virtuosas:  
Pues mirándolo bien, solo este indicio,  
Sin haber en contrario tantas cosas,  
Confunde su malicia y las condena  
Á duro freno y vergonzosa pena.  
Cuántas y cuántas vemos que han subido  
Á la difícil cumbre de la fama,  
Judit, Camila, la fenisa Dido,  
Á quien Virgilio injustamente infama;  
Penélope, Lucrecia, que al marido

Lavó con sangre la violada cama;  
Hipo, Tucia, Virginia, Fulvia, Clelia,  
Porcia, Sulpicia, Alcéstes y Cornelia!

Bien puede ser entre estas colocada  
La hermosa Tegualda, pues parece  
En la rara hazaña señalada  
Cuanto por el piadoso amor merece:  
Así sobre sus obras levantada

Entre las mas famosas resplandece,  
Y el nombre será siempre celebrado  
Á la inmortalidad ya consagrado.

Quedó pues, como dije, recogida  
En parte honesta y compañía segura,  
Del poco beneficio agradecida.  
Segun lo que esperaba en su ventura;  
Pero la aurora y nueva luz venida,  
Aunque el sabroso sueño con dulzura  
Me habia los lasos miembros ya trabado,  
Me despertó el aquejador cuidado.

Viniendo á toda priesa adonde estaba  
Firme en el triste llanto y sentimiento,  
Que solo un breve punto no alojaba  
La dolorosa pena y el lamento:  
Yo con gran compasion la consolaba,  
Haciéndole seguro ofrecimiento  
De entregarle el marido y darle gente  
Con que salir pudiese libremente.

Ella del bien incrédula llorando,  
Los brazos extendidos, me pedia  
Firme seguridad; y así llamando  
Los indios de servicio que tenia,  
Salí con ella acá y allá buscando:  
Al fin entre los muertos que allí habia  
Hallamos el sangriento cuerpo helado  
De una redonda bala atravesado.

La mísera Tegualda, que delante  
Vió la marchita faz desfigurada,  
Con horrendo furor en un instante  
Sobre ella se arrojó desatinada;  
Y junta con la suya en abundante  
Flujo de vivas lágrimas bañada,  
La boca le besaba y la herida  
Por ver si le podia infundir la vida.

«¡Ay cuitada de mí! decia, ¿qué hago  
Entre tanto dolor y desventura?  
¿Cómo al injusto amor no satisfago  
En esta aparejada coyuntura?  
¿Por qué ya pusilánime de un trago  
No acabo de pasar tanta amargura?  
¿Qué es esto? ¿La injusticia adónde llega,  
Que aun el morir forzoso se me niega?»

Así furiosa por morir echaba  
La rigurosa mano al blanco cuello,  
Y no pudiendo mas, no perdonaba  
Al afligido rostro ni al cabello,  
Y aunque yo de estorbarlo procuraba,  
Apenas era parte á defendello:  
Tan grande era la basca y ansia fuerte  
De la rabiosa gana de la muerte.

Despues que algo las ansias aplacaron  
Por la gran persuasion y ruego mio,  
Y sus promesas ya me aseguraron  
Del gentilico intento y desvario,  
Los prestos yanaconas levantaron  
Sobre un tablon el yerto cuerpo frio,  
Llevándole en los hombros suficientes  
Adonde le aguardaban sus sirvientes.

Mas porque estando así rota la guerra  
No padeciese agravio y demasia,  
Hasta pasar una vecina sierra  
Le tuve con mi gente compañía;  
Pero llegando á la segura tierra  
Encaminada en la derecha via,  
Se despidió de mí reconocida  
Del beneficio y obra recibida.

Vuelto al asiento, digo que estuvimos  
Toda aquella semana trabajando,  
En la cual lo deshecho rehicimos,  
El foso y roto muro reparando:  
De industria y fuerza al fin nos prevenimos  
Con buen ánimo y orden aguardando  
Al enemigo campo cada dia,  
Que era pública fama que venia.

Tambien tuvimos nueva que partidos  
Eran de Mapochó nuestros guerreros,  
De armas y municiones bastecidos

Con mil caballos y dos mil flecheros;  
Mas del lluvioso invierno los crecidos  
Raudales, y las ciénagas y esteros  
Llevádoles ganado, ropa y gente,  
Los hacian detener forzosamente.

Estando, como digo, una mañana  
Llegó un indio á gran prisa á nuestro fuerte,  
Diciendo: « ¡Oh temeraria gente insana!  
Huid, huid la ya vecina muerte,  
Que la potencia indómita araucana  
Viene sobre vosotros de tal suerte,  
Que no bastarán muros ni reparos,  
Ni sé lugar dónde podais salvaros.»

El mismo aviso trajo al mediodia  
Un amigo cacique de la sierra,  
Afirmando por cierto que venia  
Todo el poder y fuerza de la tierra  
Con soberbio aparato, donde habia  
Instrumentos y máquinas de guerra,  
Puentes, traviesas, árboles, tablones,  
Y otras artificiosas prevenciones.

No desmayó por esto nuestra gente,  
Antes venir al punto deseaba,  
Que el menos animoso osadamente  
El lugar de mas riesgo procuraba;  
Y con presteza y orden conveniente  
Todo lo necesario se aprestaba,  
Esperando con muestra apercebida  
Al dia amenazador de tanta vida.

Fuimos tambien por indios avisados  
De nuestros espiones, que sin duda  
Nos darian el asalto por tres lados  
Al postrer cuarto de la noche muda:  
Así que cuando mas desconfiados  
No de divina, mas de humana ayuda,  
Por la cumbre de un monte de repente  
Apareció en buen orden nuestra gente.

¡Quién pudiera pintar el gran contento,  
El alborozo de una y otra parte,  
El ordenado alarde, el movimiento,  
El ronco estruendo del furioso Marte,  
Tanta bandera descogida al viento,  
Tanto pendon, divisa y estandarte,

Trompas, clarines, voces, apellidos,  
Relinchos de caballos y bufidos!

Ya que los unos y otros con razones  
De amor y cumplimiento nos hablamos,  
Y para los caballos y peones  
Lugar cómodo y sitio señalamos;  
Tiendas labradas, toldos, pabellones  
En la estrecha campaña levantamos  
En tanta multitud, que parecia  
Que una ciudad allí nacido habia.

Fué causa la venida de esta gente  
Que el ejército bárbaro vecino  
Con nuevo acuerdo y parecer prudente  
Mudase de propósito y camino:  
Que Colocolo astuta y sábiamente  
Al consejo de muchos contravino,  
Discurriendo por términos y modos  
Que redujo á su voto los de todos.

Aunque, como ya digo, antes tuvieron  
Gran contienda sobre ello y diferencia;  
Pero al fin por entonces difirieron  
La ejecucion de la áspera sentencia,  
Y el poderoso campo retrujeron  
Hasta tener mas cierta inteligencia  
Del español ejército arribado,  
Que ya le habia la fama acrecentado.

Pero los nuestros de mostrar ganosos  
Aquel valor que en la nacion se encierra,  
Enemigos del ocio y deseosos  
De entrar talando la enemiga tierra,  
Procuran con afectos hervorosos  
Apresurar la deseada guerra,  
Haciendo diligencia y gran instancia  
En prevenir las cosas de importancia.

Reformado el bagaje brevemente  
De la jornada larga y desabrida,  
La bulliciosa y esforzada gente  
Ganosa de honra y de valor movida,  
Murmurando el reposo impertinente  
Pide que se acelere la partida,  
Y el dia de todos tanto deseado,  
Que fué de aquel en cinco señalado.

Venido el aplazado alegre dia,

Al comenzar de la primer jornada,  
Llegó de la Imperial gran compañía  
De caballeros y de gente armada;  
Que en aquella ocasion partido habia  
Por tierra, aunque rebelde y alterada,  
Con gran chusma y bagaje bastecida  
De municiones, armas y comida

Ya pues en aquel sitio recogidos  
Tantos soldados, armas, municiones,  
Todos los instrumentos prevenidos,  
Hechas las necesarias provisiones,  
Fueron por igual orden repartidos  
Los lugares, cuarteles y escuadrones,  
Para que en el rebato y voz primera  
Cada cual acudiese á su bandera.

Caupolican tambien por otra parte  
Con no menor cuidado y providencia  
La gente de su ejército reparte  
Por los hombres de suerte y suficiencia:  
Que en el duro ejercicio y bélica arte  
Era de mayor prueba y experiencia;  
Y todo puesto á punto quiso un dia  
Ver la gente y las armas que tenia.

Era el primero que pasó la muestra  
El cacique Pillolco, el cual armado  
Iba de fuertes armas, en la diestra  
Un gran baston de acero barreado,  
Delante de su escuadra gran maestra  
De arrojar el certero dardo usado,  
Procediendo en buen orden y manera  
De trece en trece iguales por hilera.

Luego pasó detrás de los postreros  
El fuerte Leucoton, á quien siguiendo  
Iba una espesa banda de flecheros,  
Gran número de tiros esparciendo.  
Venia Rengo tras él con sus maceros  
En paso igual y grave, procediendo  
Arrogante, fantástico, lozano  
Con un entero libano en la mano.

Tras él con fiero término seguia  
El áspero y robusto Tulcomara,  
Que vestido en lugar de arnés traia  
La piel de un fiero tigre que matara,

Cuya espantosa boca le ceñia  
Por la frente y quijadas la ancha cara,  
Con dos espesas órdenes de dientes  
Blancos, agudos, lisos y lucientes.

Al cual en gran tropel acompañaban  
Su gente agreste y ásperos soldados,  
Que en apiñada muela le cercaban  
De pieles de animales rodeados.  
Luego los talcamávidas pasaban,  
Que son mas aparentes que esforzados,  
Debajo del gobierno y del amparo  
Del jactancioso mozo Caniotaro.

Iba siguiendo la postrer hilera  
Millalermo, mancebo floreciente,  
Con sus pintadas armas, el cual era  
Del famoso Picoldo descendiente,  
Rigiendo los que habitan las riberas  
Del gran Nibequeten, que su corriente  
No deja á la pasada fuente y rio  
Que todos no los traiga al Biobio.

Pasó luego la muestra Mareando  
Con una cimitarra y ancho escudo,  
Mozo de presuncion y orgullo grande,  
Alto de cuerpo, en proporcion membrudo,  
Iba con él su primo Lepomande  
Desnudo al hombro un gran cuchillo agudo,  
Ambos de una divisa rodeados  
De gente armada y pláticos soldados.

Seguia el orden tras estos Lemolemo  
Arrastrando una pica poderosa,  
Delante de su escuadra por extremo  
Lucida entre las otras y vistosa;  
Un poco atrás del cual iba Gualemo  
Cubierto de una piel dura y pelosa  
De un caballo marino, que su padre  
Habia muerto en defensa de su madre.

Cuentan, no sé si es fábula, que estando  
Bañándose en la mar algo apartada,  
Un caballo marino allí arribando  
Fué del súbitamente arrebatada;  
Y el marido á las voces aguijando  
De la cara mujer del pez robada,  
Con el dolor y pena de perdella

Al agua se arrojó luego tras ella.

Pudo tanto el amor, que el mozo osado  
Al pescado alcanzó que se alargaba,  
Y abrazado con él por maña á nado  
A la vecina orilla le acercaba,  
Donde el marino mónstruo sobreaguado  
(Que tambien el amor ya le cegaba)  
Dió recio en seco al tiempo que el reflujo  
De las huidoras olas se retrujo.

Soltó la presa libre, y sacudiendo  
La dura cola el suelo deshacia,  
Y aquí y allí el gran cuerpo retorciendo  
Contra el mozo animoso se volvia;  
El cual, sazón y punto no perdiendo,  
A las cercanas armas acudia,  
Comenzando los dos una batalla  
Que el mar calmó, y el sol paró á miralla.

Mas con destreza el bárbaro valiente  
De fuerza y ligereza acompañada  
Al mónstruo devoraz heria en la frente  
Con una porra de metal herrada:  
Al cabo el indio valerosamente  
Dió felice remate á la jornada,  
Dejando al gran pescado allí tendido,  
Que mas de treinta piés tenia medido.

Y en memoria del hecho hazañoso  
Digno de le poner en escritura,  
Del pellejo del pez duro y peloso  
Hizo una fuerte y fácil armadura.  
Muerto Guacol, Gualemo valeroso  
Las armas heredó, y á Quilacura,  
Que es un valle extendido y muy poblado  
De gente rica de oro y de ganado.

Pasó tras este luego Talcaguano,  
Que ciñe el mar su tierra y la rodea,  
Un mástil grueso en la derecha mano,  
Que como un tierno junco le blanda,  
Cubierto de altas plumas muy lozano,  
Siguiéndole su gente de pelea,  
Por los pechos al sesgo atravesadas  
Bandas azules, blancas y encarnadas.

Venia tras él Tomé, que sus pisadas  
Seguian los puelches, gentes banderizas,

Cuyas armas son puntas enastadas,  
De una gran braza largas y rollizas;  
Y los trulos tambien que usan espadas,  
De fe mudable y casas movedizas,  
Hombres de poco efeto, alharaquientos,  
De fuerza grande y chicos pensamientos.

No faltó Andalican con su lucida  
Y ejercitada gente en ordenanza,  
Una cota finisima vestida  
Vibrando la fornida y gruesa lanza;  
Y Orompello de edad aun no cumplida,  
Pero de grande muestra y esperanza,  
Otra escuadra de pláticos regia  
Llevando al diestro Ongolmo en compañía.

Elicura pasó luego tras estos  
Armado ricamente, el cual traia  
Una banda de jóvenes dispuestos  
De grande presuncion y gallardia;  
Seguian los llaucos de almagrados gestos  
Robusta y esforzada compañía,  
Llevando en medio dellos por caudillo  
Al sucesor del inclito Ainavillo.

Seguia despues Cayocupil, mostrando  
La dispuesta persona y buen deseo,  
Su veterana gente gobernando  
Con paso grave y con vistoso arreo;  
Tras él venia Puren tambien guiando  
Con no menor donaire y contoneo  
Una bizarra escuadra de soldados  
En la dura milicia ejercitados.

Lincoya iba tras él, casi gigante,  
La cresta sobre todos levantada,  
Armado un fuerte peto rutilante,  
De penachos cubierta la celada,  
Con desdeñoso término delante  
De su lustrosa escuadra bien cerrada;  
El mozo Peicavi luego guiaba  
Otro espeso escuadron de gente brava.

Venia en esta reseña en buen concierto  
El grave Caniomangue entristecido  
Por el insigne viejo padre muerto,  
A quien habia en el cargo sucedido,  
Todo de negro el blanco arnés cubierto,

Y su escuadron de aquel color vestido ,  
Al tardo són y paso los soldados  
De roncós atambores destemplados.

Fué allí el postrero que pasó la lista ,  
Primero en todo , Tucapel gallardo ,  
Cubierta una lucida sobrevista  
De unos anchos escaques de oro y pardo :  
Grande en el cuerpo y áspero en la vista ,  
Con un huello lozano y paso tardo ,  
Detrás del cual iba un tropel de gente  
Arrogante , fantástica y valiente.

El gran Caupolican , con la otra parte  
Y resto del ejército araucano ,  
Mas encendido que el airado Marte  
Iba con un baston corto en la mano :  
Bajo de cuya sombra y estandarte  
Venia el valiente Curgo y Mareguano  
Y el grave y elocuente Colocolo ,  
Millo , Teguan , Lambecho y Guampicolo .

Seguian luego detrás sus plimaiquenes ,  
Tuncos , renoguelones y pencones ,  
Los itatas , mauleses y cauquenes  
De pintadas divisas y pendones ;  
Nibequetenes , puelches y cautenes  
Con una espesa escuadra de peones ,  
Y multitud confusa de guerreros ,  
Amigos , comarcanos y extranjeros.

Segun el mar las olas tiende y crece ,  
Asi crece la fiera gente armada ,  
Tiembla en torno la tierra y se estremece  
De tantos piés batida y golpeada ;  
Lleno el aire de estruendo se escurece  
Con la gran polvareda levantada ,  
Que en ancho remolino al cielo sube  
Cual ciega niebla espesa ó parda nube.

Pues nuestro campo en órden semejante  
Segun que dije arriba , don Garcia  
Al tiempo del partir puesto delante  
De aquella valerosa compañía ,  
Con un alegre término y semblante  
Que dichoso suceso prometia ,  
Moviendo los dispuestos corazones  
Los empezó á decir estas razones :

«Valientes caballeros , á quien solo  
El valor natural de la persona  
Os trujo á descubrir el austral polo  
Pasando la solar tórrida zona ,  
Y los distantes trópicos , que Apolo ,  
Por mas que cerca el cielo y le corona ,  
Jamás en ningun tiempo pasar puede ,  
Ni el soberano Autor se lo concede :

«Ya que con tanto afan habeis seguido  
Hasta aqui las catolicas banderas ,  
Y al español dominio sometido  
Innumerables gentes extranjeras ;  
El fuerte pecho y ánimo sufrido  
Poned contra estos bárbaros de veras :  
Que vencido esto poco , vereis llano  
Todo el mundo debajo de la mano.

«Y en cuanto dilatamos este hecho  
Y de llegar al fin lo comenzado ,  
Poco ó ninguna cosa habemos hecho ,  
Ni aun es vuestro el honor que habeis ganado :  
Que la causa indecisa , igual derecho  
Tiene el fiero enemigo en campo armado  
A todas vuestras glorias y fortuna ,  
Pues las puede ganar con sola una.

«Lo que yo os pido de mi parte y digo  
Es , que en estas batallas y revueltas ,  
Aunque os haya ofendido el enemigo ,  
Jamás vos le ofendais á espaldas vueltas :  
Antes le defended como al amigo ,  
Si volviéndose á vos las armas sueltas  
Rehuyere el morir en la batalla ,  
Pues es mas dar la vida que quitalla.

«Poned á todo en la razon la mira  
Por que las armas siempre habeis tomado ,  
Que pasando los terminos la ira  
Pierde fuerza el derecho ya violado ;  
Pues cuando la razon no frena y tira  
El ímpetu y furor demasiado ,  
El rigor excesivo en el castigo  
Justifica la causa al enemigo.

«No sé , ni tengo mas acerca desto  
Que decir , ni advertiros con razones ,  
Que en detener ya tanto soy molesto

La furia desos vuestros corazones:  
 Sús, sús, pues, derribad y allanad presto  
 Las palizadas, tiendas, pabellones,  
 Y vámonos de aquí todos á una  
 Adonde ya nos llama la fortuna.»

Súbite las escuadras presurosas  
 Con grande alarde y con gallardo brio  
 Marchan á las riberas arenosas  
 Del ancho y caudaloso Biobío;  
 Y en esquifadas barcas espacuosas  
 Atravesaron luego el ancho río,  
 Entrando con ejército formado  
 Por el distrito y término vedado.

Mas segun el trabajo se me ofrece  
 Que tengo de pasar forzosamente,  
 Repósar algun tanto me parece  
 Para cobrar aliento suficiente;  
 Que la cansada voz me desfallece,  
 Y siento ya acabárseme el torrente;  
 Mas yo me esforzaré, si puedo tanto,  
 Que os venga á contentar el otro canto.

## CANTO XXII.

Entran los españoles en el estado de Arauco; traban los araucanos con ellos una reñida batalla; hace Rengo de su persona gran prueba; cortan las manos por justicia á Galvarino, indio valeroso.

Pérfido amor, tirano, ¿qué provecho  
 Piensas sacar de mi desasosiego?  
 ¿No estás de mi promesa satisfecho,  
 Que quieres afligirme desde luego?  
 ¡Ay! que ya siento en mi cuidadoso pecho  
 Labrarme poco á poco un vivo fuego,  
 Y desde allí con movimiento blando  
 Ir por venas y huesos penetrando.

¿Tanto, traidor, te va que yo no siga  
 El duro estilo del sangriento Marte,  
 Que así de tal manera me fatiga  
 Tu importuna memoria en cada parte?  
 Déjame ya, no quieras que se diga,  
 Que porque nadie quiere celebrarte,  
 Al último rincón vas á buscarme,  
 Y allí pones tu fuerza en aquejarme.

¿No ves que es mengua tuya y gran bajeza,  
 Habiendo tantos célebres varones,  
 Venir á mendigar á mi pobreza,  
 Tan falta de concetos y razones;  
 Y en medio de las armas y aspereza,  
 Sumido en mil forzosas ocasiones,  
 Me cargas por un sueño quizá vano  
 Con tanta pesadumbre ya la mano?

Déjame ya, que la trompeta horrenda  
 Del enemigo bárbaro vecino  
 No da lugar á que otra cosa atienda,  
 Que me tiene tomado ya el camino:

Donde siento fraguada una contienda ,  
Que el mas fértil ingenio y peregrino  
En tal revolucion embarazado  
No le diera lugar desocupado.

¿ Qué puedo pues hacer , si ya metido  
Dentro del campo y ocasion me veo ,  
Sino al cabo cumplir lo prometido  
Aunque tire á otra parte mi deseo ?  
Pero á término breve reducido ,  
Por la mas corta senda sin rodeo  
Pienso seguir el comenzado oficio  
Desnudo de ornamento y artificio.

Vuelto á la historia , digo que marchaba  
Nuestro ordenado campo de manera ,  
Que gran espacio en breve se alejaba  
Del Talcaguano , término y ribera ;  
Mas cuando el alto sol ya declinaba ,  
Cerca de un agua al pié de una ladera  
En cómodo lugar y llano asiento  
Hicimos el primero alojamiento.

Estábamos apenas alojados  
En el tendido llano á la marina ,  
Cuando se oyó gritar por todos lados :  
« ¡ Arma , arma , enfrena , enfrena , aina , aina ! »  
Luego de acá y de allá los derramados ,  
Siguiendo la ordenanza y disciplina  
Corren á sus banderas y pendones  
Formando las hileras y escuadrones.

Nuestros descubridores que la tierra  
Iban corriendo por el largo llano ,  
Al remate del cual está una sierra  
Cerca del alto monte Andalicano ,  
Vieron de allí calar gente de guerra  
Cerrando el paso á la siniestra mano ,  
Diciendo : « ¡ Espera , espera , tente , tente !  
¡ Verémos quién hoy es aquí el valiente ! »

Los nuestros al amparo de un repecho  
En forma de escuadron se recogieron ,  
Donde con muestra y animoso pecho  
Al ventajoso número atendieron ;  
Pero los fieros bárbaros de hecho  
Sin punto reparar los embistieron ,  
Haciéndoles tomar luego la vuelta

Sin órden y camino á rienda suelta.

Aunque á veces en parte recogidos  
Haciendo cuerpo y rostro revolvan ,  
Y con mayor valor que de vencidos  
Al vencedor soberbio acometian ;  
Pero con mayor furia compelidos  
El camino empezado proseguian ,  
Dejando á veces muerta y tropellada  
Alguna de la gente desmandada.

Los presurosos indios desenvueltos ,  
Siempre con mayor furia y crecimiento ,  
En una espesa polvareda envueltos  
Iban en el alcance y seguimiento ;  
Los nuestros á calcaño y frenos sueltos  
A la sazón con mas temor que tiento  
Ayudan los caballos desbocados ,  
Arrimándoles hierro á los costados.

Pero por mas que allí los aguijaban  
Con voces , cuerpos , brazos y talones ,  
Los bárbaros por piés los alcanzaban  
Haciéndoles bajar de los arzones :  
Al fin necesitados peleaban ,  
Cual los heridos osos y leones  
Cuando de los lebreles aquejados  
Ven la guarida y pasos ocupados.

Como el airado viento repentino  
Que en lóbrego turbion con gran estruendo  
El polvoroso campo y el camino  
Va con violencia indómita barriendo ,  
Y en ancho y presuroso remolino  
Todo lo coge , lleva y va esparciendo ,  
Y arranca aquel furioso movimiento  
Los arraigados troncos de su asiento :

Con tal facilidad arrebatados  
De aquel furor y bárbara violencia  
Iban los españoles fatigados  
Sin poderse poner en resistencia :  
Algunos del honor avergonzados  
Vuelven haciendo rostro y apariencia ;  
Mas otra ola de gente que llegaba  
Con mas presteza y daño los llevaba.

Así los iban siempre maltratando  
Siguiendo el hado y próspera fortuna ,



El rabioso furor ejecutando  
 En los rendidos sin clemencia alguna,  
 Por el tendido valle resonando  
 La trulla y grita bárbara importuna,  
 Que arrebatada del ligero viento  
 Llevó presto la nueva á nuestro asiento.

En esto por la parte del Poniente  
 Con gran presteza y no menor ruido  
 Juan Remon arribó con mucha gente,  
 Que el aviso primero habia tenido ;  
 Y en furioso tropel gallardamente ,  
 Alzando un ferocísimo alarido ,  
 Embistió la enemiga gente airada  
 En la victoria y sangre ya cebada.

Mas un cerrado muro y baluarte  
 De duras puntas al romper hallaron ,  
 Que con estrago de una y otra parte  
 Hecho un hermoso choque repararon :  
 Unos pasados van de parte á parte ,  
 Otros muy léjos del arzon volaron ,  
 Otros heridos , otros estropeados ,  
 Otros de los caballos tropellados.

No es bien pasar tan presto , ó pluma mia ,  
 Las memorables cosas señaladas ,  
 Y los crudos efectos deste dia  
 De valerosas lanzas y de espadas :  
 Que aunque ingenio mayor no bastaria  
 Á poderlas llevar continuadas ,  
 Es justo se celebre alguna parte  
 De muchas en que puedes emplearte.

El gallardo Lincoya , que arrogante  
 El primero escuadron iba guiando ,  
 Con muestra airada y con feroz semblante  
 El firme y largo paso apresurando ,  
 Cala la gruesa pica en un instante ,  
 Y el cuento entre la tierra y pié afirmando ,  
 Recibe en el cruel hierro fornido  
 El cuerpo de Hernan Perez atrevido.

Por el lado derecho encaminado  
 Hizo el agudo hierro gran herida ,  
 Pasando el escaupil doble , estofado ,  
 Y una cota de malla muy tejida :  
 El ancho y duro hierro ensangrentado

Abrió por las espaldas la salida ,  
 Quedando el cuerpo ya descolorido  
 Fuera de los arzones suspendido.

Tucapelo gallardo , que al camino  
 Salió al valiente Osorio , que corriendo  
 Venia con mayor ánimo que tino  
 Los herrados talones sacudiendo ,  
 Mostrando el cuerpo al tiempo que convino ,  
 Le dió lado , y la maza revolviendo  
 Con tanta fuerza le cargó la mano ,  
 Que no le dejó miembro y hueso sano.

Á Cáceres , que un poco atrás venia ,  
 De otro golpe tambien le puso en tierra ,  
 El cual con gran esfuerzo y valentía  
 La adarga embraza y de la espada afierra ,  
 Y contra la enemiga compañía  
 Se puso él solo á mantener la guerra ,  
 Haciendo rostro y pié con tal denuedo  
 Que á los mas atrevidos puso miedo.

Y aunque con gran esfuerzo se sustenta ,  
 La fuerza contra tantos no bastaba ,  
 Que ya la espesa turba alharaquienta  
 En confuso monton le rodeaba ;  
 Pero en esta sazon mas de cincuenta  
 Caballos que Reinoso gobernaba ,  
 Que de refresco á tiempo habian llegado ,  
 Vinieron á romper por aquel lado.

Tan recio se embistió , que aunque hallaron  
 De gruesas astas un tejido muro ,  
 El cerrado escuadron aportillaron ,  
 Probando mas de diez el suelo duro ;  
 Y al esforzado Cáceres cobraron ,  
 Que cercado de gente mal seguro  
 Con ánimo feroz se sustentaba ,  
 Y matando , la muerte dilatava.

Don Miguel y don Pedro de Avendaño ,  
 Escobar , Juan Jufre , Cortés y Aranda ,  
 Sin mirar el peligro y riesgo extraño ,  
 Sustentan todo el peso de su banda :  
 Tambien hacen efecto y mucho daño  
 Losada , Peña , Córdoba y Miranda ,  
 Bernal , Lasarte , Castañeda , Ulloa ,  
 Martin Ruiz y Juan Lopez de Gamboa.

Pero muy presto la araucana gente,  
 En la española sangre ya cebada,  
 Los hizo revolver forzosamente,  
 Y seguir la carrera comenzada;  
 Tras estos otra escuadra de repente  
 En ellos se estrelló desatinada;  
 Mas sin ganar un paso de camino  
 Volver rostros y riendas les convino.

Y aunque á veces con súbita represa  
 Juan Remon y los otros revolvian,  
 Luego con nueva pérdida y mas prisa  
 La primera derrota proseguian;  
 Y en una polvorosa nube espesa  
 Envueltos unos y otros ya venian,  
 Cuando fué nuestro campo descubierto  
 En orden de batalla y buen concierto.

Iban los araucanos tan cebados  
 Que por las picas nuestras se metieron;  
 Pero vueltos en sí mas reportados,  
 El suelto paso y furia detuvieron;  
 Y al punto recogidos y ordenados,  
 La campaña al través se retrujeron  
 Al pié de un cerro á la derecha mano  
 Cerca de una laguna y gran pantano.

Donde de nuestro cuerno arremetimos  
 Un gran tropel á pié de gente armada,  
 Que con presteza al arribar les dimos  
 Espesa carga y súbita rociada;  
 Y al cieno retirados nos metimos  
 Tras ellos por venir espada á espada,  
 Probando allí las fuerzas y el denuedo  
 Con rostro firme y ánimo á pié quedo.

Jamás los alemanes combatieron  
 Así de firme á firme y frente á frente,  
 Ni mano á mano dando recibieron  
 Golpes sin descansar á manteniendo,  
 Como el un bando y otro que vinieron  
 A estar así en el cieno estrechamente,  
 Que echar atrás un paso no podian;  
 Y dando apriesa, apriesa recibian.

Quién el húmido cieno á la cintura  
 Con dos y tres á veces peleaba;  
 Quién por mostrar mayor desenvoltura

Queriéndose mover, mas se atascaba;  
 Quién probando las fuerzas y ventura  
 Al vecino enemigo se aferraba,  
 Mordiéndole y cegándole con lodo,  
 Buscando de vencer cualquiera modo.

La furia del herirse y golpearse  
 Andaba igual, y en duda la fortuna,  
 Sin muestra ni señal de declararse  
 Mínima de ventaja en parte alguna:  
 Ya parecian aquellos mejorarse,  
 Ya ganaban aquestos la laguna;  
 Y la sangre de todos derramada  
 Tornaba el agua turbia colorada.

Rengo, que el odio y encendida ira  
 Le habia llevado ciego tanto trecho,  
 Luego, que nuestro campo vió á la mira,  
 Y que á dar en la muerte iba derecho,  
 Al vecino pantano se retira,  
 Y el fiero rostro y animoso pecho  
 Contra todo el ejército volvia,  
 Y en voz amenazándole decia:

«Venid, venid á mí, gente plebeya,  
 En mí sea vuestra saña convertida,  
 Que soy quien os persigue, y quien desea  
 Mas vuestra muerte que su propia vida;  
 No quiero ya descanso hasta que vea  
 La nacion española destruida,  
 Y en esa vuestra carne y sangre odiosa  
 Pienso hartar mi hambre y sed rabiosa.»

Así la tierra y cielo amenazando  
 En medio del pantano se presenta,  
 Y la sangrienta maza floreado  
 La gente de poco ánimo amedrenta:  
 No fué bien conocido en la voz, cuando  
 Haciendo de sus fieros poca cuenta,  
 Algunos españoles mas cercanos  
 Aguijamos sobre él con prestas manos.

Mas á Juan, Yanacona, que una pieza  
 De los otros osado se adelanta,  
 Le machuca de un golpe la cabeza,  
 Y de otro á Chilca el cuerpo le quebranta,  
 Y contra el jóven Zúñiga endereza  
 El tercero con saña y furia tanta,

Que como clavo en húmido terreno  
Le sume hasta los pechos en el cieno.

Pero de tiros una lluvia espesa  
Al animoso pecho encaminados,  
Turbando el aire claro á mucha priesa  
Descargaron sobre él de todos lados :  
Por esto el fiero bárbaro no cesa,  
Antes con furia y golpes redoblados,  
El lodo á la cintura, osadamente  
Estaba por muralla de su gente.

Cual el cerdoso jabali herido  
Al cenagoso estrecho retirado,  
De animosos sabuesos perseguido,  
Y de diestros monteros rodeado,  
Ronca, bufa y rebufa embravecido,  
Vuelve y revuelve deste y de aquel lado,  
Rompe, encuentra, tropella, hiere y mata ,  
Y los espesos tiros desbarata :

El bárbaro esforzado de aquel modo  
Ardiendo en ira y de furor insano,  
Cubierto de sudor, de sangre y lodo ,  
Estaba solo en medio del pantano  
Resistiendo la furia y golpe todo  
De los tiros que de una y otra mano  
Cubriendo el sol sin número salian,  
Y como tempestad sobre él llovian.

Ya el esparecido ejército obediente  
Que el porfiado alcance habia seguido,  
Descubriendo en el llano á nuestra gente  
Se habia tirado atrás y recogido :  
Solo Rengo feroz y osadamente  
Sustenta igual el desigual partido  
A causa que la ciénaga era honda  
Y llena de espesura á la redonda.

Viendo el fruto dudoso y daño cierto  
Segun la mucha gente que cargaba,  
Que á grande priesa en orden y concierto  
Desta y de aquella parte le cercaba,  
Por un inculto paso y encubierto  
Que la fragosa sierra le amparaba ,  
Le pareció con tiempo retirarse,  
Y salvar sus soldados y él salvarse,

Diciéndoles: « Amigos, no gastemos

La fuerza en tiempo y acto infructuoso ;  
La sangre que nos queda conservemos  
Para venderla en precio mas costoso ;  
Conviene que de aquí nos retiremos  
Antes que en este sitio cenagoso  
Del enemigo puestos en aprieto  
Perdamos la opinion y él el respeto.

Luego la voz de Rengo obedecida  
Los presurosos brazos detuvieron,  
Y por la parte estrecha y mas tejida  
Al són del atambor se retrujeron :  
Era áspero el lugar y la salida ,  
Y asi seguir los nuestros no pudieron ,  
Quedando algunos dellos tan sumidos ,  
Que fué bien menester ser socorridos.

Por la falda del monte levantado  
Iban los fieros bárbaros saliendo ;  
Rengo bruto, sangriento y enlodado  
Los lleva en retaguardia recogiendo ,  
Como el celoso toro madrigado  
Que la tarda vacada va siguiendo ,  
Volviendo acá y allá espaciosamente  
El duro cerviguillo y la alta frente.

Nuestro campo por orden recogido,  
Retirado del todo el enemigo ,  
Fué entre algunos un bárbaro cogido  
Que mucho se alargó del bando amigo ;  
El cual acaso á mi cuartel traído  
Hubo de ser para ejemplar castigo  
De los rebeldes pueblos comarcanos ,  
Mandándole cortar ambas las manos.

Donde sobre una rama destroncada  
Puso la diestra mano, yo presente ,  
La cual de un golpe con rigor cortada  
Sacó luego la izquierda alegremente ,  
Que del tronco tambien saltó apartada  
Sin torcer ceja, ni arrugar la frente,  
Y con desden y menosprecio dello  
Alargó la cabeza y tendió el cuello,

Diciendo asi: « Segad esa garganta  
Siempre sedienta de la sangre vuestra :  
Que no temo la muerte, ni me espanta  
Vuestra amenaza y rigurosa muestra ;

Y la importancia y pérdida no es tanta  
Que haga falta mi cortada diestra,  
Pues quedan otras muchas esforzadas  
Que saben gobernar bien sus espadas.

«Y si pensais sacar algun provecho  
De no llegar mi vida al fin postrero,  
Aquí pues moriré á vuestro despecho,  
Que si quereis que viva, yo no quiero:  
Al fin iré algun tanto satisfecho  
De que á vuestro pesar alegre muero;  
Que quiero con mi muerte desplaceros,  
Pues solo en esto puedo ya ofenderos.»

Así que contumaz y porfiado  
La muerte con injurias procuraba,  
Y siempre mas rabioso y obstinado  
Sobre el sangriento suelo se arrojaba;  
Donde en su misma sangre revolcado  
Acabar ya la vida deseaba,  
Mordiéndose con muestras impacientes  
Los desangrados troncos con los dientes.

Estando pertinaz desta manera  
Templándonos la lástima el enojo,  
Vió un esclavo bajar por la ladera  
Cargado con un bárbaro despojo;  
Y como encarnizada bestia fiera  
Que ve la desmandada presa al ojo,  
Así con una furia arrebatada  
Le sale de través á la parada.

Y en él los piés y brazos añudados  
Sobre el húmido suelo le tendia,  
Y con los duros troncos desangrados  
En las narices y ojos le batia:  
Al fin junto á nosotros á bocados  
Sin poderse valer se le comia,  
Si no fuera con tiempo socorrido  
Quedando, aunque fué presto, mal herido.

El bárbaro infernal con atrevida  
Voz en pié puesto dijo: «Pues me queda  
Alguna fuerza y sangre retenida  
Con que ofender á los cristianos pueda,  
Quiero acetar á mi pesar la vida,  
Aunque por modo vil se me conceda,  
Que yo espero sin manos desquitarme,

Que no me faltarán para vengarme.

«Quedaos, quedaos, malditos, que yo os digo  
Que en mí tendréis con odio y sed rabiosa  
Torcedor y solícito enemigo,  
Cuando dañar no pueda en otra cosa:  
Muy presto entenderéis cómo os persigo,  
Y que os fuera mi muerte provechosa.»  
Diciendo así otras cosas que no cuento  
Partió de allí ligero como el viento.

No es bien que así dejemos en olvido  
El nombre deste bárbaro obstinado,  
Que por ser animoso y atrevido  
El audaz Galvarino era llamado.  
Mas por tanta aspereza he discurrido,  
Que la fuerza y la voz se me ha acabado,  
Y así habré de parar, porque me siento  
Ya sin fuerza, sin voz y sin aliento.